

LA AMIGUITA DE LOS PAJAROS.





00163302



Moita



Editorial TOR

Rio de Janeiro 760 - Bs.As.

CUENTOS INFANTILES

LA ABEJA



LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

HAN APARECIDO HASTA LA FECHA:

- | | |
|---|--------------------------------------|
| 1 - Pinocho en el teatro de títeres | 46 - La bella Dorigen |
| 2 - Blancanieves y los 7 enanitos | 47 - Las salamandras azules |
| 3 - Los principes encantados | 48 - Los zuecos maravillosos |
| 4 - La bella durmiente del bosque | 49 - Las tres hermanas |
| 5 - Juanfuerte | 50 - Fábulas de Iriarte |
| 6 - Piel de asno | 51 - El niño raptado |
| 7 - La princesa y el erizo | 52 - Barba Azul |
| 8 - Ali Babá y los 40 ladrones | 53 - Tanino el hormiguero |
| 9 - La inocente mensajera | 54 - Gulliver en el país de gigantes |
| 10 - Pinocho en campo de milagros | 55 - El tejedor de Segovia |
| 11 - El pájaro verde | 56 - El principe Cododac |
| 12 - Pulgarcito | 57 - La amigueta de los pájaros |
| 13 - Los maestros cantores | 58 - La señorita Scuderi |
| 14 - El rey del río de Oro | 59 - Fábulas de Esopo |
| 15 - Caperucita Roja | 60 - Constanza |
| 16 - Las tres princesas | 61 - Nicolás y Nicolásín |
| 17 - El triunfo del zorro | 62 - Los rosales de la reina |
| 18 - Pinocho en la isla de las abejas | 63 - El enfermero del Chacho |
| 19 - La princesa pícara | 64 - Grisélidis |
| 20 - Simbad el marino | 65 - Alicia en el país de maravillas |
| 21 - Canción de Navidad | 66 - Aladino |
| 22 - Un viaje maravilloso | 67 - Genoveva de Brabante |
| 23 - El niño que se volvió hormiga | 68 - La Sirenita |
| 24 - El enano Zacarías | 69 - Peter Pan |
| 25 - Pinocho en gruta del monstruo | 70 - El patito feo |
| 26 - El legado del moro | 71 - Hombre que vendió su sombra |
| 27 - El gato con botas | 72 - Los tres pelos del diablo |
| 28 - El hada de Granville | 73 - Hansel y Gretel |
| 29 - De los Apeninos a los Andes | 74 - La flor del pantano |
| 30 - Meñique | 75 - El buque fantasma |
| 31 - El rey Cuervo | 76 - La cámara del tesoro |
| 32 - Almendrita | 77 - La desobediencia |
| 33 - Pinocho en el país de juguetes | 78 - El tarro de aceitunas |
| 34 - El niño perdido | 79 - El mensajero de la corona |
| 35 - Robin Hood | 80 - La camisa del hombre feliz |
| 36 - La isla encantada | 81 - La verdad sospechosa |
| 37 - Pif Paf | 82 - La graciosa Emelia |
| 38 - La carga liviana | 83 - El muchacho afortunado |
| 39 - La alfombra mágica | 84 - La novia elegida |
| 40 - El pájaro que reía | 85 - Las dos estatuas |
| 41 - La Cenicienta | 86 - La botella encantada |
| 42 - Aventuras del rey Beder | 87 - El mercader de Venecia |
| 43 - El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego | 88 - La obligación |
| 44 - Pinocho en el fondo del mar | 89 - El favorito ingenioso |
| 45 - Gulliver en el país de enanos | 90 - Los dos ruiseñores |

UN VERDADERO ESFUERZO EDITORIAL Y
ARTISTICO SIN PRECEDENTES EN AMERICA

Se ha hecho el depósito que exige la Ley 11.723.



LA AMIGUITA DE LOS PAJAROS

Cuento por **CARLOS LASTRA**

I



N una región apartada, hace muchos años, vivía con su mujer un soldado pobre y ambicioso. El matrimonio tenía una hija de tan extremada belleza, que las flores al verla pasar, en prueba de admiración, se inclinaban rindiéndole homenaje y el ruiseñor, en las noches claras de luna, cantaba para ella sola las más dulces y tiernas melodías.

Con frecuencia el soldado se quejaba en voz alta de su pobreza y solía decir:

—Yo no quiero para nuestra hija una vida de perros como la que hemos padecido nosotros.

Pero la niña, que se llamaba Leonor, al oírle lamentarse de esa manera, se sonreía encogiéndose de hombros, pues se consideraba inmensamente dichosa con lo que poseía y ni siquiera sospecha que pudiese haber vida mejor.

Todas las mañanas se levantaba muy temprano, se aseaba y alegre abría la ventana de su habitación que daba al campo. Los pájaros de la comarca acudían en bandadas a su reclamo porque los tenía acostumbrados a comer trigo y alpiste en sus propias manos. Por las tardes, después de hacer los deberes, jugaba, corría y cazaba mariposas con las compañeras de colegio en las praderas vecinas cubiertas de verde y suave césped.

Cierto día, al levantarse y llamar a sus alados amiguitos, éstos, permanecieron inmóviles y hoscos, posados en las ramas de los árboles.

—¿Qué os sucede? ¿Qué pena os acongoja? ¿Por qué permanecéis en los árboles como petrificados y no acudís a comer grano en mis manos? —les preguntó la niña con ansiedad.

El jilguero, que era el preferido de Leonor, le contestó en un quejumbroso lamento:

—No podemos estar contentos viendo las cosas desagradables que suceden en el mundo.

Y agregó la calandria exhalando un profundo suspiro:

—El jilguero está triste porque vió en el bosque una pobre mujer, prisionera en la trampa que los pastores han puesto para cazar al lobo malo.

Habló, luego, la codorniz, con voz entrecortada:



Jugaba y corría en las tierras vecinas...

—Yo también la vi: la infeliz mujer lanzaba gritos desgarradores, que se oían desde lejos, sin que nadie acudiera a socorrerla.

Entonces el hornero, con los ojillos rojos y dilatados por la cólera, saltó al hombro de Leonor y agitaba furiosamente las alas, a tiempo que decía:

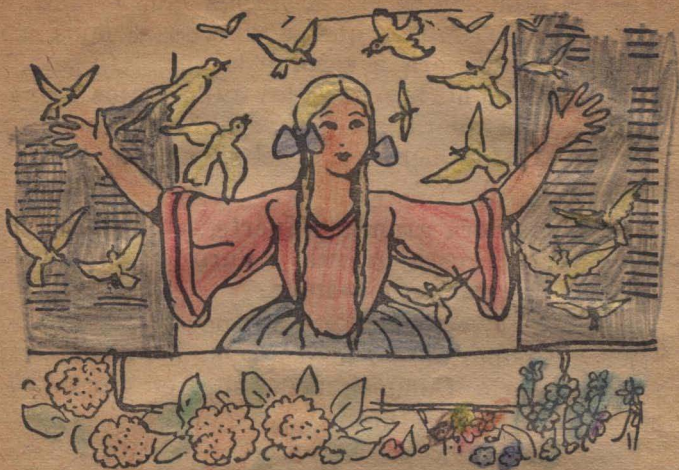
—Si yo fuera grande y fuerte como el águila, con mis poderosas garras y duro pico, hubiera roto los hierros de la trampa.

—Tú, eres pequeñito y débil para intentar hacer cosas superiores a tus fuerzas. Yo, en cambio, puedo hacerlo. Conducidme al sitio en que se encuentra esa desventurada.

Los pajaritos se echaron a volar delante de Leonor que los seguía y la condujeron al bosque. En un claro del terreno, como le habían dicho sus amigos, se hallaba la mujer desfallecida, casi moribunda, forcejando aún por escapar de la trampa en que había caído. Ni corta ni perezosa arrancó Leonor una gruesa rama de un árbol y sirviéndose de ella, a manera de palanca, logró poner en libertad a la cautiva.

La pobre mujer, que a duras penas conseguía tenerse en pie, se arregló como pudo las ropas hechas pedazos y le dió las gracias con lágrimas en los ojos:

—Aunque me ves ahora en estado miserable, cubierta de harapos y heridas, soy un hada joven y bella: me llamo Fantina. Los pastores y los pobres de la comarca me bendicen porque derramo el bien a manos llenas. Pero, precisamente por



Los pájaros acudían en bandadas...

esa causa me odia la bruja Harpía. Ella me ha tendido este lazo.

—¡Qué horror! —exclamó la niña sin poderse contener.

La bondadosa maga la tranquilizó:

—No pases cuidado, hija mía. Nadie en el mundo podrá hacerte daño. Toma este recuerdo. Es de inestimable valor. Cuando desees alguna cosa te bastará pedirla por tres veces, mirando al sol fijamente y frotando el talismán con estopa o algodón hilado. Entonces, tu deseo se realizará.

Fantina entregó a la rapaza una piedra rosada del tamaño de un huevo de gallina, cubierta con caracteres cabalísticos, agregando:

—Medita mucho, al hacer tu pedido, porque la

virtud de ese amuleto es limitada y solamente sirve para satisfacer un deseo.

Después sacó de entre las ropas una bolsa llena de monedas de oro y se la entregó a Leonor, diciendo:

—Lleva esta bolsa a tus padres.

Dichas las anteriores palabras, la besó en la frente y desapareció evaporándose en la atmósfera.

La chica regresó a su casa muy contenta, refirió a sus padres cuanto le había sucedido en el bosque y les entregó el dinero. El soldado compró un empleo de capitán en el ejército del rey y un lindo palacio en la ciudad.

Con el andar del tiempo, el capitán llegó a general y la niña se transformó en una encantadora señorita a quien cortejaban los jóvenes más distinguidos y apuestos del país.

En cierta ocasión se acordó Leonor del talismán regalo del hada del bosque y quiso poner a prueba sus virtudes.

Sacó la piedra rosada del fondo de un arca, en que la tenía guardada, y tras de contemplarla un rato, dijo para sí:

—¡Qué bonita es! Parece imposible que esté encantada. Probemos...

Se puso a frotar lentamente el amuleto con estopa; después salió al patio y mirando al sol fijamente, expresó su deseo por tres veces, con voz fuerte:

—¡Yo quiero ser princesa!

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras se oyó un gran trueno, se llenó el ambiente



Un anciano de barba venerable...

de perfume de “kifi” y apareció el hada Fantina, resplandeciente de belleza y juventud. Vestía con gracia y desenvoltura un magnífico y valioso traje de tul de ilusión y aire tejido con bordados de plata, luciendo en la frente la estrella del destino de oro bruñido con incrustaciones de diamantes

—Aquí me tienes para satisfacer tu deseo.

La muchacha no sabía cómo demostrar su alegría y agradecimiento.

Entonces Fantina, tocando a Leonor con una varita mágica de marfil, agregó con solemnidad:

—Puesto que es tu deseo, serás princesa.

Y desapareció en la misma forma que la vez anterior evaporándose en la atmósfera.

II

A la mañana siguiente, Leonor recibió un extraño mensaje del primer ministro del rey, el mago Echeto, en que le suplicaba lo visitara.

Aun cuando la joven tenía mucho miedo de que se le castigara, no osó desacatar la orden del ministro. Revistiéndose de coraje y se encaminó a palacio, haciéndose anunciar a la puerta.

Fué recibida inmediatamente en amplia y suntuosa sala, llena de columnas y estatuas. En el centro de la pieza se hallaba un sitial de mármol negro y ubicado en él, un anciano venerable, que vestía larga túnica de lino blanco y tenía adornada la cabeza con una pluma de avestruz.

Leonor lo contempló con respeto y emocionada quiso arrojarse a sus pies; pero, el ministro se lo impidió diciéndole con melancólico acento:



Mirando al sol, expresó su deseo tres veces

—Los magos, hija mía, estamos sometidos al poder de las hadas. Yo soy esclavo de Fantina.

Leonor, pendiente de sus labios, contenía la respiración: tenía las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

El anciano prosiguió diciendo:

—Desde hace muchos años sirvo al rey y pensaba serle siempre fiel. Pero, el muy tunante, el muy ingrato, en vez de agradecer mis leales servicios a la corona, me desprecia, y con el pretexto de que soy un brujo maldito, me ha hecho cortar las orejas para que se burlen de mí los cortesanos.

El rostro del ministro, de suyo serio, se puso sombrío. Después de hacer un gran esfuerzo para

ahuyentar la amargura que le dominaba, dijo en tono autoritario:

—¡Hay que destronar al rey!

Luego, prosiguió diciendo:

—Cuando tu padre reemplace al actual soberano y se siente en su trono tú serás entonces, princesa por la sangre y por la ley.

—¡Oh, sí, señor! Dime lo que debo hacer.

El anciano sonrió:

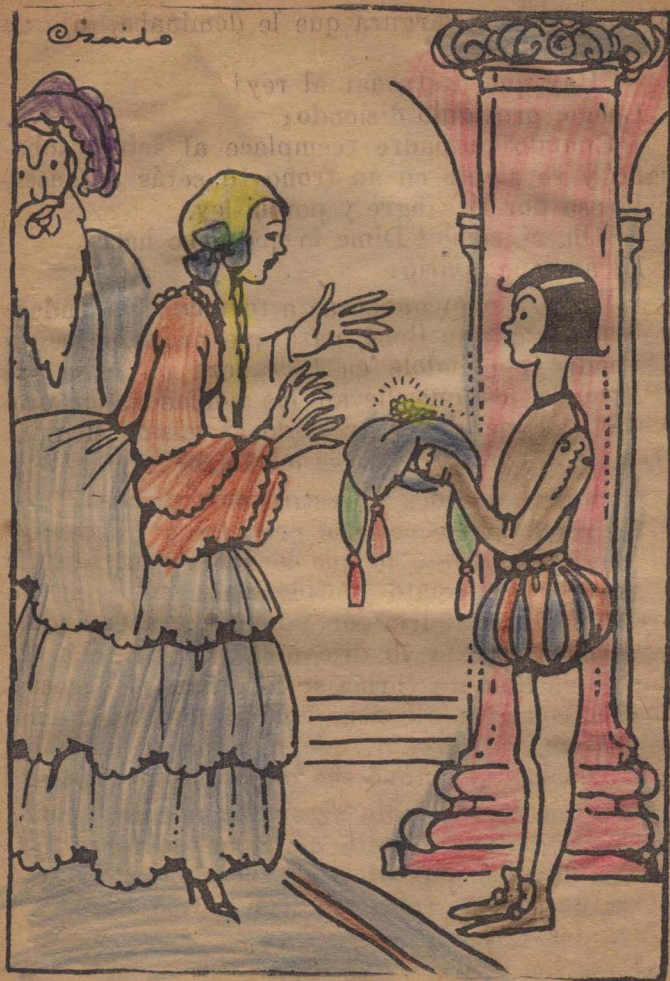
—Bastará que convenzas a tu novio, valiéndote del cariño que te tiene, para que proclame rey a tu padre poniéndole en la cabeza un casco de bronce de los que llevan los soldados, en presencia del ejército y gritando al mismo tiempo: ¡ésta es la corona! ¡viva el nuevo rey!

La joven saludó y se retiró muy dichosa.

En el camino a su casa encontró al jilguero y le contó en secreto lo que le había ocurrido. El jilguero se lo relató confidencialmente a la calandria. La calandria con misterio y acercándole el pico al oído se lo dijo a la codorniz. La codorniz en idéntica forma se lo refirió al hornero. Y éste, con gran alborozo voló al bosque llevando la noticia al ruiseñor, que al saberlo, batió las alas con brío y entonó sus mejores arpegios.

Al amanecer del día siguiente, apenas Leonor abrió la ventana, cientos de pajaritos rojos, azules y amarillos, depositaron a sus plantas una hermosa guirnalda, fabricada con flores lozanas y fragantes.

La joven cubrió de caricias y besos a sus amiguitos.



Un joven paje entró en la estancia.

III

Cierta noche Leonor invitó al novio a pesear por el jardín de su casa y cogiéndose cariñosamente de su brazo, le suplicó que la ayudara a conquistar un trono para su padre.

El soldado se quedó mirándola atónito; después, arrugando el entrecejo, contestó secamente:

—Yo he prestado juramento de fidelidad al rey y lo que tú me propones es indigno de un vasallo.

—Se ve que no me quieres — dijo llorosa Leonor.

—Sí, te quiero y daría el mundo por tu felicidad.

—Entonces no seas malo — arguyó mimosamente la joven—. Te prometo que cuando sea princesa me casaré contigo.

El muchacho vacilaba.

Ella entonces, para borrar sus últimos escrúpulos, ensayaba toda suerte de argumentos, pero, el no se daba por vencido.

Por fin levantó al cielo la mirada y al ver un pájaro inmenso que se elevaba verticalmente hasta perderse en las nubes gritó con alegría:

—¡Mira, mira, amor mío, es el fénix!

—¿Estás segura que era el fénix? — balbuceó, más bien que preguntó, el soldado.

—Lo he reconocido a través de ese rayo de luna. La presencia de esa hermosa ave trae suerte. La felicidad nos acompañará. ¡Qué bien estaremos los dos vestidos de seda y recibiendo a los cortesanos que nos saludarán llamándonos altezas!

Estas palabras acabaron por convencer al joven.

Después convinieron en que él se presentaría



Soñó que la conducía un coche dorado

en el campamento del padre de Leonor y procedería de acuerdo a las instrucciones recibidas del ministro.

Cuando el muchacho se fué, la joven segura de que su amado cumpliría con su promesa, se acostó, quedándose dormida inmediatamente y tuvo sueños venturosos.

Soñó que era conducida en coche dorado con briosos caballos blancos al palacio real, donde el rey, su padre, sentado bajo dosel y rodeado de cortesanos administraba justicia y dictaba sabias sentencias que hacían la dicha de los súbditos. Por momentos creía hallarse en ligera nave con veías de púrpura, arrullada por canciones de amor que entonaban los marineros. Y, siempre soñando, a medida que avanzaba en su sueño, la embarcación se deslizaba por ríos maravillosos de aguas lim-



Creía hallarse en ligera nave con



s de púr pura, por ríos maravillosos

piadas y cristalinas, rumbo a un país de leyenda en donde habitaba el príncipe más apuesto que es posible imaginar en un palacio de porcelana.

IV

Desde el día en que el soldado se ausentó para el campamento, Leonor se puso a visitar los suburbios de la ciudad.

Con el objeto de obtener noticias fingía ser una fregona y pasábase las horas conversando con lavanderas y campesinas. Repartía limosnas a los pobres consiguiendo así inspirarles confianza y atraerse su simpatía.

De esa manera llegó a saber que el descontento del ejército contra el rey aumentaba y era probable que las tropas acabaran por rebelarse.

Una vez, encontrándose rodeada de gente del pueblo, llegó un jinete sudoroso portador de nuevas asombrosas. El recién llegado contó a gritos que los soldados enfurecidos habían proclamado nuevo rey a un general muy estimado por sus virtudes y que para hacerlo, habían empleado el ritual de costumbre en aquellas tierras y por aquellos años, que consistía en ponerle un casco de bronce en la cabeza.

Días después recibió un segundo mensaje del mago Echeto en que le rogaba lo visitara.

La joven acudió presurosa a la cita y el hechicero la recibió en la sala destinada a las grandes ceremonias.

—¡Hija mía! —le dijo bondadosamente al verla aparecer — no he querido que nadie te haga conocer



Se ve que no me quieres... — dijo llorosa

la suerte de las armas antes que yo. ¡Regocíjate! Tu padre ha vencido en la contienda por haberlo así dispuesto el cielo.

En ese preciso instante un joven paje penetró en la estancia. Traía sobre una almohada de terciopelo azul marino una diadema de oro finísimo que el anciano ciñó a la frente de Leonor con profunda emoción.

—Esta joya es muy antigua y digna de ti — agregó el mago con exquisita galantería —. Perteneció a una reina que gobernó en Egipto hace mil años. Era tan bella como tú y los vasallos la apodaban “la de las mejillas de rosa”.

El ministro llamó entonces a la guardia de palacio, que a una seña suya, gritó con voz estentórea:

—¡Viva el nuevo rey! ¡Viva la princesa!

Los soldados golpearon el piso con las alabardas.

V

Leonor convertida en princesa de sangre azul debió conducirse prudentemente en el trato con las personas, como se podía esperar de una joven educada.

Sin embargo, no sucedió de esa manera: por el contrario, se volvió orgullosa y altanera.

A la princesita se le habían subido de tal modo los humos a la cabeza que todo le parecía poco y no hubo caballero en el país que no sufriera sus burlas y desdenes.

Aseguraba que había nacido en cuna de oro y al saber que su novio solicitaba una entrevista le hizo contestar por un lacayo, que se la pidiera a una mujer de su clase.

Semejante respuesta hirió vivamente al novio desairado, que montó en cólera y una mañana, en forma imprudente, escaló la tapia del jardín del palacio real, dispuesto a vengar la afrenta.

Hallábase la vanidosa princesita en compañía de cortesanos y encumbrados personajes. Al verlo, cubierto de andrajos, demacrado y triste, no pudo contener la risa, mientras los dignatarios, aduladores de oficio, por dar gusto a su señora, hacían coro con carcajadas irónicas.

—Marqueses, condes, barones y caballeros — dijo Leonor — este astuto villano que veis, aspira nada menos que a casarse conmigo.

—¡Qué audacia! — corearon los cortesanos —.



El andrajoso mendigo se transformó...

¡Qué insolencia pretender la mano de la princesa más bella del mundo entero!

—No paséis temor. ¡Jamás he pensado casarme con un andrajoso mendigo! —continuó sarcásticamente la princesa — y dirigiéndose a uno de los marqueses le preguntó con sorna: —¿Tendríais entre vuestras vaqueras esposa para este galán?

El humillado joven no salía de su asombro.

Los cortesanos esperaban la reacción del muchacho; pero lo que nadie aguardaba y resultó, en verdad asombroso, fué lo que sucedió.

Irguióse de pronto el ofendido, pronunció entre dientes palabras cabalísticas y al conjuro, desaparecieron los harapos: el andrajoso mendigo se vió transformado en apuesto doncel de altivo continente, que vestía magnífico traje de terciopelo negro con cuchillas de plata y ceñía al cinto rica espada con puño de oro.

—Me llamo Elián y soy uno de los príncipes más poderosos de la tierra. Nadie me aventaja en riqueza y poderío. El rey mi padre, gobierna un vasto país en el hemisferio oriental, más allá de la muralla de la China.

—Yo no sabía quién eras —arguyó Leonor— que, evidentemente, no hallaba forma de enmendar el yerro.

—Todavía no he terminado — continuó Elián.

—Prosiga vuestra alteza — dijeron los caballeros interesados por el rumbo que tomaban los acontecimientos.

—Quise seguir un sabio consejo de mi padre y busqué una mujer buena, sensata y virtuosa que me quisiera sin atender a mi jerarquía.



Todos permanecían en silencio: la princesita lloraba.

Elián dijo, entonces, con visible pena:

—Adiós, Leonor. Mi madrina el hada Aena, a quien acabo de invocar, me ordena volver a la patria.

Leonor, en un ataque de nervios, gritó furiosa:

—Te haré detener. ¡Prendedle!

Los servidores se acercaron amenazadores.

El joven retrocedió unos pasos y a una nueva invocación que formuló, se abrió la tierra y por el enorme boquete abierto aparecieron cien corpulentos enanos de lengua barba y mirar terrible, que llevaban al hombro pesadas barras de hierro, quienes lo rodearon y protegieron.

En seguida el cortejo emprendió silenciosamente la marcha sin que nadie osara detenerlo.

Al perderlo de vista la pobrecilla princesa se deshizo en lágrimas y corrió a refugiarse en la torre más sombría del palacio.

VI

—Has cometido una gran injusticia —dijo el jilguero a Leonor entrando por la ventana de la torre.

El reproche que le formulaba su pájaro predilecto agudizó la tristeza que sentía.

—Estoy arrepentida —le contestó sollozando— y quisiera pedirle perdón de rodillas; pero, es el caso que no sé dónde vive el príncipe.

El jilguero se quedó perplejo, luego, agregó, para darle ánimo:

—No pases cuidado, consultaré con una amiga que tengo. Es pájara muy seria y sabe muchas cosas. Ella seguramente me dará un buen consejo.

Y el jilguero voló al abeto en busca de su amiga.

—Sé a qué vienes —dijo la urraca en cuanto lo vió, abriendo desmesuradamente el pico— y me parece bien que esa joven haya sentado la cabeza.

Pronunciadas las anteriores palabras, se quedó pensativa, y después de rascarse el copete, así habló:

—Yo no puedo ayudarte a buscar el paradero del príncipe, porque nunca he salido del país; pero, en cambio, la golondrina puede proporcionarnos datos: es andariega y ha volado por todo el universo; ha frecuentado comarcas maravillosas; ha visitado las Pirámides y se tutea con la Es-



Aparecieron cien corpulentos enanos...

finje. ¡Golondrina, golondrinita! — le gritó al verla pasar.

—Tengo prisa —contestó la interpelada sin detener el vuelo — me esperan en el Japón. Deseo llegar antes de que empiece la primavera en aquel país, pues me he dado cita con mi pareja para hacer el nido en el alero de una casita de bambú, a la sombra de los cerezos florecidos. ¡Oh, si supieras cuán bellos son los cerezos en flor!

—Dime al menos si sabes, golondrina, dónde vive el príncipe que adora la princesa.

—El príncipe tiene sus dominios, más allá de la gran muralla de la China y habita en un palacio de porcelana.

—Te pido un servicio. Llévanos contigo.

—No puedo detenerme, se acerca el invierno, empiezan los primeros fríos y yo necesito el calor para vivir.

—Has, por favor, lo que te pido. Los pescadores me han ofrecido prestarme una red y entre todos los pájaros de la región, conduciremos a la princesa que se muere de pena.

La golondrina se dejó convencer:

—Lo haré por complacerte, pero daos prisa.

Los pajaritos del bosque acostaron entonces a Leonor en la red que les habían prestado los pescadores. Una vez en ella, agarrándola con el pico por los hilos sueltos en los bordes, emprendieron viaje con tan dulce carga. Volaron primero sobre los tejados de la ciudad y después sobre selvas enmarañadas, altísimas montañas y países maravillosos. Vieron, desde las nubes, paisajes encantadores, océanos y mares cubiertos de



Los pajaritos emprendieron viaje con ella

barcos que navegaban reflejándose en las aguas y dejando largas estelas de espuma; salvaron las Pirámides, charlaron largo rato con la Esfinge que les contó las batallas de Napoleón, a quien llamaba familiarmente “el cabito” y pasaron la Gran Muralla, hasta llegar a un sitio desde donde se divisaba un puente larguísimo tendido sobre un río caudaloso.

—Ya hemos llegado; este puente se comunica con la ciudad. Es la única entrada. Nosotros te abandonamos. Adiós y buena suerte — dijo la golondrina.

—Esperamos verte pronto —dijeron los pajaritos, emprendiendo el vuelo de regreso.

La princesa, al quedarse sola, emprendió la marcha llena de esperanza.

Era un día de calor bochornoso en que los rayos del sol caían sobre la tierra calcinada. La joven

llevaba por precaución una botella con agua. Comenzó a caminar lentamente para resistir el calor. Sin embargo, al cabo de andar una hora tuvo sed. Destapó la botella, pero al ir a beber una vieja desfallecida, tirada a la vera del camino, suplicó con voz trémula:

—Hija mía, dame de beber. Hazlo y no te arrepentirás.

Leonor, que había vuelto a ser la bondadosa muchacha de sus mejores tiempos, le alcanzó la botella.

La vieja apuró todo el contenido de la botella:

—Sé a qué vienes, princesa, y voy a darte un consejo. En el trayecto te saldrán al paso las tentaciones aparentando distintas formas. No te dejes engañar.

Leonor llegó al puente y avanzó resuelta: al pretender cruzarlo le salió al paso un gigante espantoso que blandía descomunal espada.

—¿A dónde vas? — preguntó con voz de trueno.

—Voy a ver al príncipe, que habita en el palacio de porcelana — contestó la interpelada.

—Vuélvete — agregó el hombrón sin dejar de amenazarla —. Si pretendes pasar, te mataré.

—Puedes hacerlo; prefiero la muerte a dejar de cumplir con mi deber.

—Si desistes de tu propósito te daré el poder.

—No lo necesito — terminó la joven — sólo deseo la tranquilidad de mi alma.

El gigante se quitó el sombrero saludándola respetuosamente y le franqueó el paso. La princesa continuó su marcha llegando, poco después, a una gruta, a cuya puerta se hallaba una joven



Pasó entre serpientes y dragones

hermosísima, de ojos azules y larga cabellera rubia que le caía sobre los hombros.

—Yo soy el hada Primavera. Represento la eterna juventud —díjole la mujer con voz suave y acariciadora que parecía un suspiro—. Vuélvete y te daré este espejo: está encantado. Siempre que te mires en él te hallarás hermosa.

Leonor no se dejó seducir por aquella voz de sirena y contestó:

—He venido desde mi país para cumplir la penitencia que he impuesto a mi orgullo.

Dichas estas palabras con modestia, penetró resueltamente en la gruta, pasando sin temor alguno por entre serpientes y dragones que sacaban la lengua y arrojaban fuego por los ojos.

Llegó a un bosque inmenso, muy tupido, que parecía imposible atravesar.

Apenas se adelantó para penetrar en el monte, observó con alegría, que todos los árboles y arbustos se apartaban dejando abierto un sendero. La joven miró a su alrededor y vió que de los árboles en vez de frutos pendían rubíes, esmeraldas y diamantes. Sin embargo, no se dejó llevar de la tentación. Siguió su camino sin detenerse. Avanzó, y, al final del sendero encontró un enano en enanos, que le preguntó:

—¿A dónde vas, princesita?

—A ver al príncipe que habita en el palacio de porcelana para pedirle perdón.

Si desistes de tu propósito te daré la riqueza y será tuyo todo cuanto has visto.

—Sólo deseo la tranquilidad del alma.

—Tú te lo pierdes —agregó el enano y tras de hacer unas cuantas piruetas desapareció.

Vencida la última tentación Leonor siguió andando hasta que llegó a la puerta del palacio de porcelana. Subió los escalones de una gran escalera de mármol, tomando ubicación en el patio, junto con una caterva de mendigos que allí estaban aguardando la caridad del señor.

El príncipe salía todas las mañanas de palacio y sin mirarla le arrojaba una moneda, del mismo modo que lo hacía con los demás. Pero, al séptimo día se detuvo el tiempo necesario para reconocerla, a pesar del disfraz que la cubría:

—¿Eres tú, princesita mía? ¡Cuánto te has hecho esperar!

Entusiasmada Leonor al oír estas palabras, no



Dió su consentimiento y se celebraron las bodas

sabía cómo demostrar su alegría y agradecimiento. Apenas pudo balbucear entre sollozos:

—Amado príncipe, perdón.

—Has purgado tu soberbia y ahora eres digna de ser la esposa de un hombre honrado. ¿Quieres casarte conmigo

Ella dió inmediatamente su consentimiento.

Pocos días después se celebraron las bodas con gran pompa. Fueron invitados de honor los padres de la desposada, todos los magos, hadas y enanos de las cercanías, como así también los pajaritos amigos que se encargaron de la parte musical en las fiestas.

La princesa, por buena y por haberse arrepentido, disfrutó de la belleza, del poder y de la fortuna, las tres cosas que antes había desdeñado.

Los esposos disfrutaron, desde entonces, largos años de felicidad, en compañía de muchos hijos que el cielo les envió como una bendición merecida.



TERMINADO DE IMPRIMIR EL DÍA 12 DE NOVIEMBRE
DEL AÑO 1942.



CIENTO DIBAJITOS
LA ABEJA
51

EDITORIAL
TOR